

El problema cubano

Carlos Alberto Montaner

Eso que llamamos el “problema cubano” no es solo un asunto que concierne a los habitantes o a los desterrados de esa Isla. El “problema cubano” es, fundamentalmente, un problema de Occidente. Un problema de las democracias occidentales, como lo fue Europa Oriental durante la etapa comunista. Si se quiere, el “problema cubano” es un episodio más de lo que los estrategas llaman el “atlantismo”.

Si Kennedy, en 1961, en medio de la Guerra Fría, frente al entonces incipiente muro edificado por Krushev, gritó solidariamente “yo soy un berlinés”, dando a entender que la suerte de Alemania no era distinta ni ajena a la de Estados Unidos, todos los ilustres políticos e intelectuales por la democracia en Cuba, están repitiendo la misma consigna: “yo también soy un cubano”. Si treinta años más tarde Ronald Reagan, en el mismo lugar, gritó: “Señor Gorbachov, derribe ese muro”, todas estas personas reunidas en Praga están diciendo algo parecido: “dejen que los cubanos se expresen libremente”.

Se desmiente la perniciosa imagen, acuñada por la dictadura de Castro, que presentaba el conflicto cubano como el desigual y permanente enfrentamiento entre David y Goliat: la pequeña y heroica isla acosada por el gigante imperial que no se resignaba a la pérdida de su supuesta antigua colonia.

Todo era Falso: el mundo comprende perfectamente que la castrista es la última satrapía estalinista que queda en Occidente, y no acepta el falso argumento de que se trata de un reñidero entre Estados Unidos y Cuba. Es un conflicto entre los demócratas del mundo entero y los tercios defensores de un modelo totalitario, fracasado en todas partes, que resultó arrastrado al “basurero de la historia”, por usar la vieja frase, en todos los países de cultura europea, menos en Cuba, donde la represión sin fisuras del régimen retarda lo que, a medio o largo plazo resulta conveniente e inevitable.

Tampoco se admite ya el disparatado argumento de que, en virtud de los atributos soberanos, el Gobierno cubano puede elegir el modelo comunista si esa es su voluntad. La soberanía sólo es legítima cuando libremente expresa la compleja pluralidad de las naciones. El gobierno de La Habana apenas representa la voluntad del dictador que ordena y manda y, tal vez, la de un partido político que, con la suma total de sus afiliados, sola-mente representa al seis por ciento de la ciudadanía.

Es fundamental que se abra paso esta visión internacional del “problema cubano”. Si la libertad prevaleció en Occidente frente a sus dos enemigos más atroces y destructivos, el nazi-fascismo y el comunismo, fue porque se trenzó una fuerte alianza entre diversas naciones capaz de enfrentarlos firmemente hasta su derrota.

Hoy, con la muerte de Fidel Castro situada en horizonte cercano, nadie duda que el comunismo vive en Cuba su etapa final, anunciada por una sociedad miserable y sin esperanzas, totalmente desencantada, sobre la que manda

una cúpula impopular, desmoralizada y corrupta. Pero la tentación y el instinto de esa clase dirigente será tratar de perpetuarse mediante una sucesión sin cambios que resistirá como pueda las presiones internas y externas en la dirección de la apertura y la democracia.

Esos “sucesores” de Castro, sean quienes sean, en una primera fase sucumbirán a la influencia del modelo norcoreano de aislamiento y resistencia, ofreciendo a cambio control policiaco sobre el territorio para evitar el éxodo incontrolado de refugiados o el tránsito de drogas hacia Estados Unidos, pero debe advertírseles a estos presuntos “herederos” que ese mezquino cambalache no es aceptable por el mundo democrático internacional.

El mensaje de Occidente con relación a Cuba es muy claro: sólo es internacionalmente aceptable para la Isla un modelo político democrático y plural que le otorgue el poder a quienes realmente posean el apoyo de las mayorías, pero que, al mismo tiempo, proteja y tenga en cuenta los derechos de las minorías. Además, cuando esa verdadera transición, con garantías para todas las partes, comience a ocurrir, desde Europa y desde América, y éste es el mensaje importante para Cuba, para todos los cubanos, llegará generosamente la mano aliada para ayudar a la reconstrucción material y moral de una sociedad devastada por décadas de atropellos y arbitrariedades.